

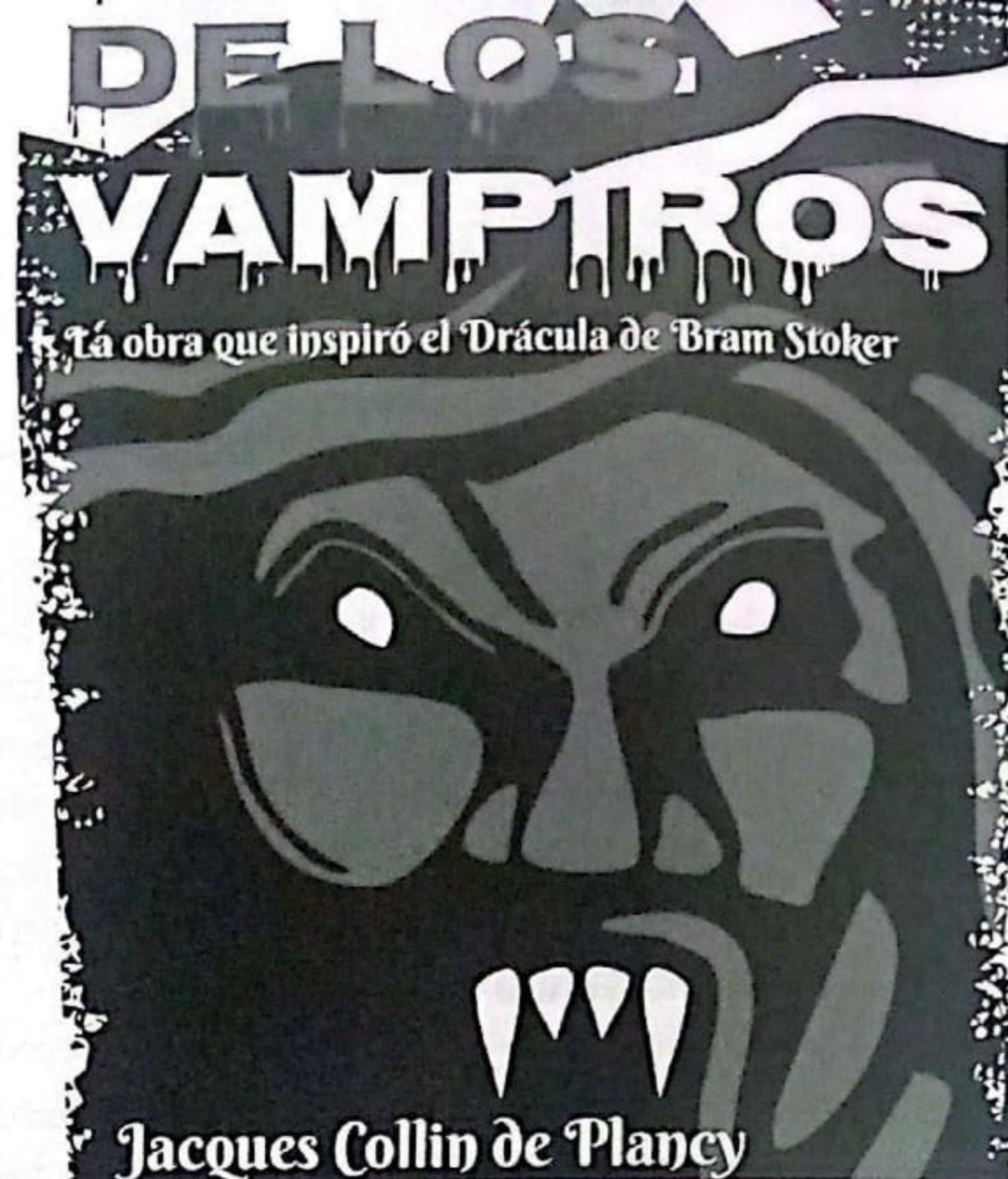
Historia de los vampiros
Jacques Collin de Plancy
(TRADUCCIÓN DE JESÚS GARCÍA RODRÍGUEZ)
EL DESVELO: CÓRDOBA, 2025
154 PÁGS.

La alargada sombra del vampiro

Por José Abad

Tal como la conocemos, la leyenda del vampiro se propagó por Europa en la primera mitad del siglo XVIII coincidiendo con varias epidemias de rabia que explicarían en buena medida ciertos rasgos de esta ficción. Los vampiros y los enfermos de rabia comparten agresividad, hipersexualidad, hidrofobia, el rechazo a olores fuertes —el ajo, por ejemplo—, así como una extrema sensibilidad a la luz. Voltaire, alertado por el arraigo de dicha superstición, le dedicó una entrada en su *Diccionario filosófico portátil* (1764). El artículo tiene algunas líneas memorables: «[Los] vampiros eran muertos que salían de noche de sus camposantos para chupar la sangre de los vivos, ya fuera en la garganta o en el vientre, y después regresaban a sus tumbas —escribe Voltaire—. Los vivos a los que habían succionado la sangre se debilitaban, palidecían, se iban consumiendo, mientras que los muertos succionadores engordaban, cogían buen color y adoptaban un aspecto realmente atractivo. Los muertos se daban este festín de sangre en Polonia, en Hungría, en Silesia, en Moravia, en Austria, en Lorena. No se oía hablar de vampiros en Londres, ni tampoco en París. Reconozco que en estas dos ciudades hubo usureros, mercaderes y hombres de negocios que chuparon a plena luz del día la sangre del pueblo; pero no estaban muertos, aunque sí corrompidos. Estos verdaderos chupópteros no moraban en cementerios, sino en palacios muy agradables».

Esta invitación al sentido común fue desatendida y el vampiro siguió echando raíces en el imaginario colectivo. De resultas, en 1820, Jacques Collin de Plancy decidió continuar la lucha contra estas creencias populares en su *Historia de los vampiros y los espíritus maléficos* (El Desvelo Ediciones). El autor, no obstante, no adopta posiciones tan radicalmente racionales como las de Voltaire, sino que refuerza sus argumentos recurriendo



al dogma católico: «¿Cómo podría permitir Dios, que es esencialmente bueno, justo, sabio y poderoso, que los muertos salgan de sus tumbas en carne y hueso (lo que solo debe ocurrir en la gran resurrección, con ocasión del Juicio Final), para ir a succionar, asfixiar y matar en solo unos instantes a personas desconocidas, a seres inocentes, a jóvenes, a novias?... ¿De dónde ha podido salir tan execrable doctrina? Si el vampirismo tuviera alguna base, tendríamos que creer que Dios ya no tiene poder y que es ahora Satanás quien gobierna este desafortunado mundo sublunar», afirma el autor en el prefacio de esta singular obra.

A Collin de Plancy lo mueve el mismo afán encyclopédico de los padres de la Ilustración. *Historia de los vampiros* está dividida en tres partes: en la primera hace recuento de las criaturas de la Antigüedad emparentadas con el vampiro: las empusas, las lamias, los ghules, etc.; luego se ocupa de varios casos de vampirismo de los siglos recientes y, por último, emprende una disección del vampiro como un monstruo engendrado «por la imaginación y el miedo». Mientras intenta ilustrar al lector a propósito, el autor va sembrando sus páginas de leyendas y noticias recogidas aquí y allá. La sombra del vampiro es alargada, ciertamente. Lo singular del caso es que el deseo de combatir esta superstición apenas oculta la fascinación que ejerce en él. Lejos de disiparla, la *Historia de los vampiros* contribuyó a que la sombra de estos últimos continuara alargándose más y más (en la introducción, Jesús García Rodríguez recuerda que la obra de Collin de Plancy serviría de inspiración para Sheridan le Fanu, Bram Stoker *et alii*). Clávenle el diente, no se arrepentirán.